

ELEGIA GENTIL

Fiel a la tradición que nos envuelve,
la musa, hoy en sus lindes, se pasea,
cual la mujer de Lot, que hacia atrás vuelve
la sombra azul de la pestaña hebrea.

Mas no para quedarse convertida
al margen del camino, en cosa inerte;
en un fútil anhelo detenida
por el abrazo inmóvil de la muerte.

Sino para cruzar la senda amarga
e iluminar las dichas y los duelos,
con el hondo reflejo que se alarga
desde la mano de nuestros abuelos.

Ésos que se llamaron los divinos
según aquí lo confirman sus rastros,
antes que contemplaran sus destinos
truncos bajo el silencio de los astros.

Asperas razas, pero de profunda
alma grave, y de planta vagabunda,
que en el patrio horizonte se alzarán,
mientras tiendan sus sacras escaleras
al balcón del Oriente, las severas
Pirámides de Teotihuacán.

Hombres morenos, mas de clara frente,
que definen su místico ideal
con el vuelo del pájaro esplendente
y la escama sutil de la serpiente:
el doble símbolo de Quetzalcoatl.

El que en el pecho de la aurora aloja
su estrella de recién abierto broche;
flor de luz que al ocaso se deshoja
en los sueltos cabellos de la noche.

El que en bífida lengua lleva rota
la justa clave de la tribu arcana,
y en los ojos perdida, la remota
visión de la primera caravana.

Cómo se va enturbiando el cielo azteca,
de tres siglos doliente relicario,
con el trágico viento que desfleca
el plumero imperial del Sagitario.

Con el sonrojo vivo en el brasero,
baño y deleite a los estoicos pies;
con la plaga que fue el encomendero
en las cosechas del oro y la mies.

En tanto que el indígena sudor,
fluyendo de un aciago manantial,
se petrifica en el brillo y color
del alegre azulejo colonial.

Por eso, con el alma taciturna
y un temblor en la mano, por mestiza,
dejo al caer la tapa de la urna
un cempasúchil entre la ceniza.

Y filialmente, en homenaje a esta
gran angustia que mancha el indio sol,
traigo en vez de corona una protesta,
y en lugar de lira, un caracol.

Ciencia de Quetzalcoatl, rútila y fina,
con la flecha del primer Moctezuma,
danos el ala de la nube andina,
la vegetal paciencia de la encina
y el salto que en las guájaras, da el puma.

México, marzo de 1925.

RAFAEL LOPEZ.

